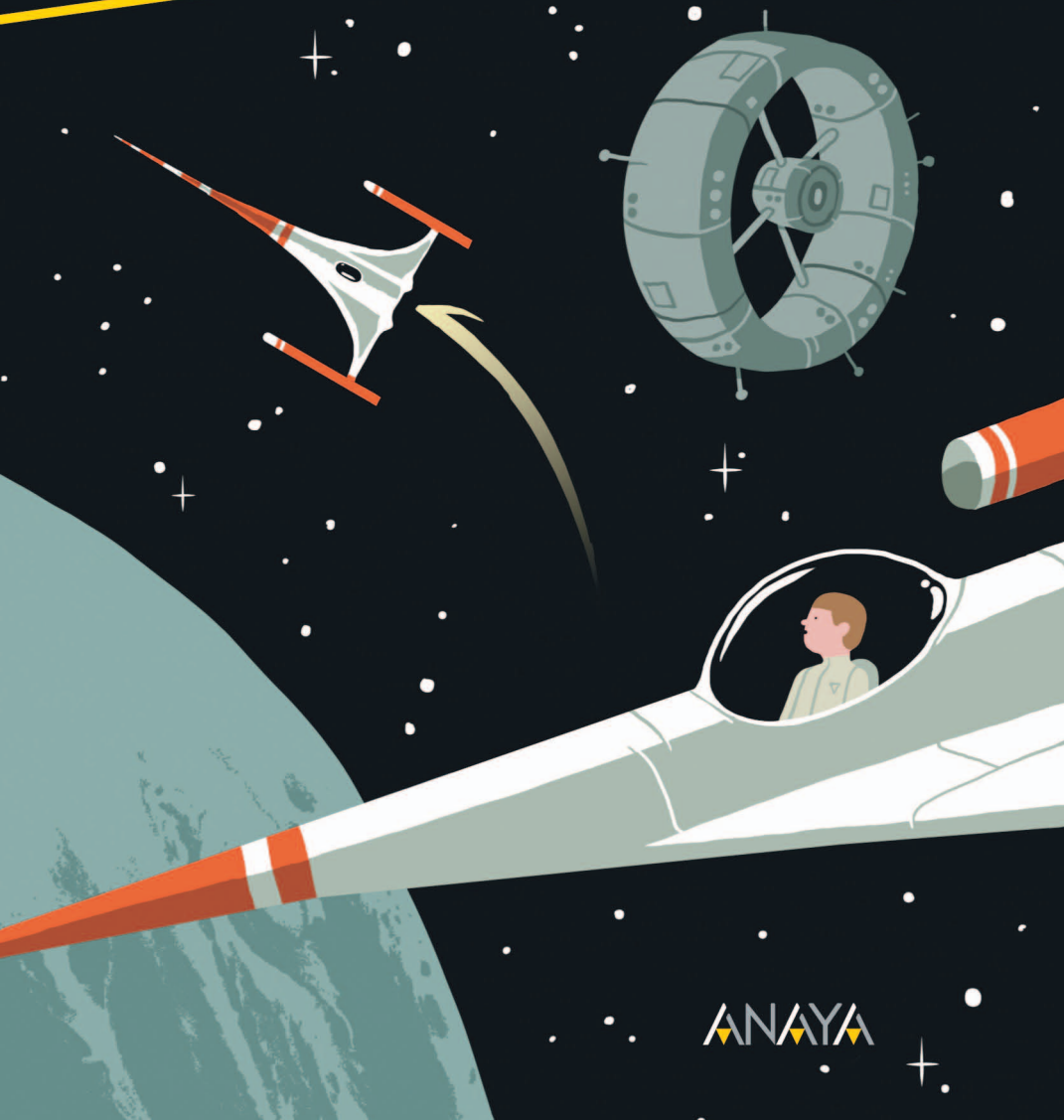


David Blanco Laserna

LA PLAGA INVISIBLE

CÓDIGO
CIENCIA



ANAYA

1.ª edición: mayo 2012

© del texto: David Blanco Laserna, 2012
© del diseño e ilustración: Puño, 2012
© de las fotografías: Archivo Anaya
(CSIC/García, E.-López, R.; CSIC / Páez, E.;
Ediciones Universidad de Navarra)

© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2012
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-678-2892-4
Depósito legal: M. 12537/2012
Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las
establecidas por la Real Academia
Española en la nueva *Ortografía de la lengua
española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.

David Blanco Laserna

La plaga invisible

CÓDIGO
CIENCIA

ANAYA

Un comienzo a lo grande

¿Dónde están los límites de tu imaginación?

Piensa en algo tan grande como puedas, algo gigantesco y colosal, que te obligue a abrir los ojos como platos y levantar la barbilla hasta hacer que te caigas de espaldas. ¿Tu hermano mayor? *Puf*. ¿Tu tía Ágata subida encima de un taburete? *Nah...* ¿Un jugador de baloncesto de puntillas? ¡*Venga ya!*

Tiene que ser algo muchísimo más grande.

¿Un elefante? ¿Una pirámide? ¿Quizá una pirámide de elefantes?

Respira hondo y prueba a estirar más tu mente...

¿Una ciudad con mil rascacielos, entonces? ¿Una cadena de montañas? ¿*Un continente?*

Todas esas cosas y muchas más cabían dentro de la Rosquilla: tu hermano mayor con la tía Ágata montada a caballito, mil ciudades y cordilleras, y una manada de elefantes, por supuesto, y todas las pirámides de Guiza... y hasta Egipto con el Nilo a cuestas. Y el continente africano, si me apuras, sin dejarte un desierto, una isla o un rinoceronte.

La *Rosquilla...* ese era el nombre que habían dado a la estación espacial sus habitantes. Contemplarla desde la barandilla de una terraza aerostática cortaba la respiración, igual que si sumergieras la cabeza en una corriente de agua helada. Los ingenieros que la diseñaron podrían cubrirte de números al hablarte de sus dimensiones. Desde una distancia de cientos de miles de kilómetros parecía precisamente eso, una rosquilla: un inmenso dónut anaranjado que flotaba en el espacio contra un fondo glaseado de estrellas. A la hora de la merienda, a los astronautas les entraban ganas de sumergirla en un tazón de leche del tamaño de la Vía Láctea, para después devorarla a mordiscos. A medida que se acercaban, la estación adquiría el aspecto de una rueda de bicicleta, que giraba y giraba, y empezaban a distinguir en ella las delicadas estrías de unos radios azulados, que convergían en su centro de rotación. Y lo que de lejos habían tomado por virutas de chocolate terminaba revelando un intenso tráfico de naves, que abarrotaban las esclusas de sus puertos aeroespaciales.

La Rosquilla no solo era grande, también pesaba. No había báscula en el mundo donde pudieras acomodarla y, sin embargo, se sostenía contra el telón oscuro del universo, ligera como un globo aerostático.

De no ser por la rotación de la rueda, sus habitantes flotarían a la deriva, atravesando las nubes y sobrevolando las ciudades. Por la noche tendrían que encadenarse a la cama, para que una corriente de aire no los arrastrara en sueños y los sacara por la ventana. Los primeros días resultaría divertido, pero acabaría siendo una pesadilla, porque sin gravedad los músculos se atrofian, los huesos se consumen y la sangre se desparrama por el cuerpo a su capricho. Igual que en un coche los pasajeros se pegan contra las

paredes al tomar una curva, el giro constante de la estación mantenía a sus ocupantes adheridos al suelo.

En las ciudades de la Rosquilla se aglomeraban millones de seres, humanos, alienígenas y robots, acostumbrados a perder la vista en el dibujo de sus avenidas, que se cruzaban en vertiginosos garabatos antes de salir al encuentro del horizonte.

De entre todos esos millones solo tres nos importan. No te costará recordar sus nombres: Robin Varley, Vani2/o y... Fdayhayatedorinti Jigurfizinha.

Y así, en dos patadas, hemos presentado el escenario y los personajes de nuestra historia.

CAPÍTULO PRIMERO

La nave

Los objetos poseen una vida interior que solo algunas personas saben despertar. Imagina un piano abandonado, con su sonrisa de ochenta teclas cubierta bajo un manto de telarañas. Aunque las aporrearas a lo loco, apenas lo arrancarías de su letargo. Para eso hacen falta diez dedos que las pulsen en el orden preciso, como el ladrón que acierta la combinación de una caja fuerte. Solo cuando la música se enrede en tu corazón el piano se habrá despabilado del todo. Lo mismo puede ocurrirle un buen día a un lápiz tirado en el suelo, a un bloque de mármol y, por supuesto, a una nave espacial.

A Robin Varley le traían sin cuidado los pianos, los lápices y los bloques de mármol, pero eso no impedía que fuera un despertador de objetos de primera.

En la Rosquilla, rara era la persona que no pilotaba un vehículo espacial: ligeros monoplazas, modelos lujosos diseñados al milímetro para provocar la envidia de los vecinos, cruceros de combate, microcápsulas bebé, planeadores, bicis balísticas... Los hacían despegar, los disparaban

rumbo a un agujero negro y los traían en picado de vuelta, pero comparadas con Daga, la nave de Robin, el resto de las máquinas recorrían los senderos del viento como soñámbulos.

Aunque la vieras cruzar el Laberinto de los Alambiques con el rabillo del ojo, Daga captaba de inmediato tu atención y volvías la cabeza para seguir su estela de plata, convencido de que *allí estaba sucediendo algo*. Su encanto no residía en el fuselaje, idéntico al de cualquier otro monoplaça 27-DL/73, modelo Forja. Su perfil aerodinámico arrojaba la sombra de un pájaro exótico, con el pico afilado de un bisturí eléctrico. El azul de su piel acorazada inspiraba respeto y también el deseo irrefrenable de acariciarla. Combinaba la fuerza y la elegancia de las panteras, que al verlas correr sabes que no huyen de nadie. Daga era más hermana del aire que las águilas, que suspendían su vuelo admiradas para copiar sus movimientos, mientras sus cohetes láser incendiaban la melena de las nubes.

A pilotar un monoplaça 27-DL/73 no se aprendía en dos tardes. La simplicidad de su cabina resultaba engañosa. Al levantar la carlinga descubrías un asiento de piel sintética, que se ajustaba al cuerpo como un sofá desvencijado. En vano buscabas el panel de control, un giróscopo, algún sensor de movimientos, pantallas táctiles que desplegaran sus lucecitas de árbol de Navidad... Ni siquiera encontrabas un miserable mando que agarrar. Daba la impresión de que a la nave ¡le faltaban piezas! ¿Y qué era aquella gelatina transparente, parecida a un gorro de baño, que reptaba sobre el reposacabezas?

Los pilotos la llamaban *medusa* y al instructor de turno le costaba un mundo que los novatos apoyaran encima la cabeza y dejaran que aquella masa con vida propia, que

se retorció con espasmos de oruga, les envolviera por completo la cara. Lo peor venía cuando sus pelillos electrificados hurgaban a través de tus oídos, trepaban por las fosas nasales y se colaban por el agujero del iris *dentro del ojo*. Te lo podían contar mil veces en las clases teóricas, prepararte a fondo para que controlases la respiración, explicarte el truco de los veteranos para relajar los músculos y mantener los párpados abiertos. «Piensa en algo agradable. Déjate llevar, que la medusa acaricie tus nervios y se enlace a tu conciencia...». *¡Ni hablar!* A los tres segundos, los aspirantes se retorcían igual que culebras, tratando de arrancarse aquella pasta pegajosa de la cara y arrojarla lo más lejos posible.

El primer día que subías a la nave, tres instructores te atenazaban como un guante de hierro para evitarlo. Con la conexión a medias, tus ojos o tu tímpano podían salir volando detrás de la medusa. Sin contar que cada una costaba una fortuna y tampoco era cuestión de irlas tirando por ahí alegremente.

Muchos chicos que habían obtenido una excelente puntuación en las pruebas escritas, que recitaban la teoría de los motores plasmónicos del derecho y del revés, luego resultaban incapaces de aceptar la medusa. Aquel amasijo asqueroso era el enlace entre el piloto y el ordenador de la nave, una fusión de tejido neuronal cultivado artificialmente y fibra de vidrio, un híbrido que no estaba vivo ni muerto, confeccionado a base de células y silicio. Se fabricaban en serie, pero establecían una relación única con cada persona. Al acumular horas de vuelo, los vínculos entre las neuronas de tu medusa se iban modificando, adaptándose a tu temperamento, al ritmo de tus reflejos, y terminaban desarrollando una personalidad difusa, que se apagaba en cuanto se interrumpía el acoplamiento.

Su mecánica estaba llena de misterios. La sintonía entre el cerebro y el ordenador rozaba la perfección entre los doce y los diecinueve años. Esto atormentaba a los ingenieros, reacios a poner sus carísimos juguetes espaciales en manos de adolescentes. Sin embargo, debían rendirse a la evidencia: con ellos la interacción con la medusa alcanzaba un nivel de excelencia al que ningún adulto podía aspirar. Aunque la falta de madurez y de experiencia acarrearía con frecuencia consecuencias catastróficas.

En las escuelas aeroespaciales la instrucción se iniciaba lo antes posible. Los mejores pilotos no superaban los dieciocho años. A partir de entonces, aparecían los primeros síntomas de que perdían sintonía con su nave. La mayoría acababa jubilándose antes de cumplir los veintiuno. Periódicamente los ojeadores de la Academia peinaban los institutos de la Rosquilla, a la caza de chicos con talento. Muy pocos conseguían pasar la criba inicial. Robin había obtenido una puntuación mediocre en las rondas de selección, donde por supuesto ni te dejaban oler las medusas. Antes de su ingreso en la Academia, destacaba por ser un chico hiperactivo al que, sin embargo, interesaban muy pocas cosas. Robin pertenecía a la primera generación de niños nacidos en el espacio. Sus padres trabajaban en la brigada de ingenieros. Se consideraban muy brillantes y, antes de que pudiera soplar las velas de su tercer cumpleaños, ya habían llegado a la conclusión de que su hijo jamás estaría a la altura de sus expectativas. Perdieron el interés por él y apenas le prestaban atención. De vez en cuando, acallaban sus remordimientos con las niñeras androide más caras o abarrotando su habitación con regalos que jamás acertaban en el gusto de Robin.

El chico se había criado con el afecto puntual y cronometrado de los robots, atontado por los videojuegos, en

un universo de selvas y monstruos virtuales, que convertían el regreso al mundo real en una cuesta abajo imposible de remontar. Él era el primero en desesperarse ante su propia incapacidad para centrarse en nada. A su alrededor todo se le aparecía bajo una mano de pintura gris: sus compañeros de instituto, los profesores, sus nueve primos locos por los juegos de estrategia. No tenía paciencia para rascar la superficie cenicienta de nadie o de casi nada.

Los pilotos novatos se tiraban meses en el hangar antes de conseguir que su nave levantara un palmo del suelo. Pasaban semanas antes de que la pareja formada por cada medusa y su piloto empezara siquiera a entenderse. Entre Robin y Daga surgió un flechazo inmediato. Conociendo el perfil psicológico del chico, los instructores se habían preparado para lo peor: temían que aquel saco de nervios la emprendiera a coces en cuanto la medusa le rozara una pestaña. Siguieron con una tensa expectación las lentas evoluciones de la masa amorfa, mientras tanteaba con sus diminutos tentáculos los mofletes de Robin, orientándose, al tiempo que lo iban envolviendo con el cosquilleo de una tormenta eléctrica.

Quizá Robin tuvo un presentimiento del espacio, de la euforia de volar, porque se abandonó a un estado de absoluta calma. Las raíces de luz tomaron sus ojos al asalto y devoraron sus percepciones sin que opusiera la menor resistencia. A cambio, le regalaron la sensación de que su cerebro se multiplicaba hasta el infinito. Ganó nuevos sentidos, vio los colores que solo aprecian los insectos y los pájaros. A la estructura de sus huesos y músculos se incorporaron de golpe cinco tanques de hidrógeno líquido, más allá de los hombros le brotaron dos alas formidables, adquirió un segundo corazón, que latía con la potencia de una

bomba nuclear, una red de cables y circuitos cuánticos extendió su sistema de nervios y capilares...

Ningún simulador le había transmitido aquella urgencia de perderse en el laberinto ilimitado del firmamento. Los instructores, con la mirada clavada en la inesperada sonrisa de Robin, tuvieron que dar un brinco y arrojar al suelo para que Daga no los arrastrara en su abrupto despegue.

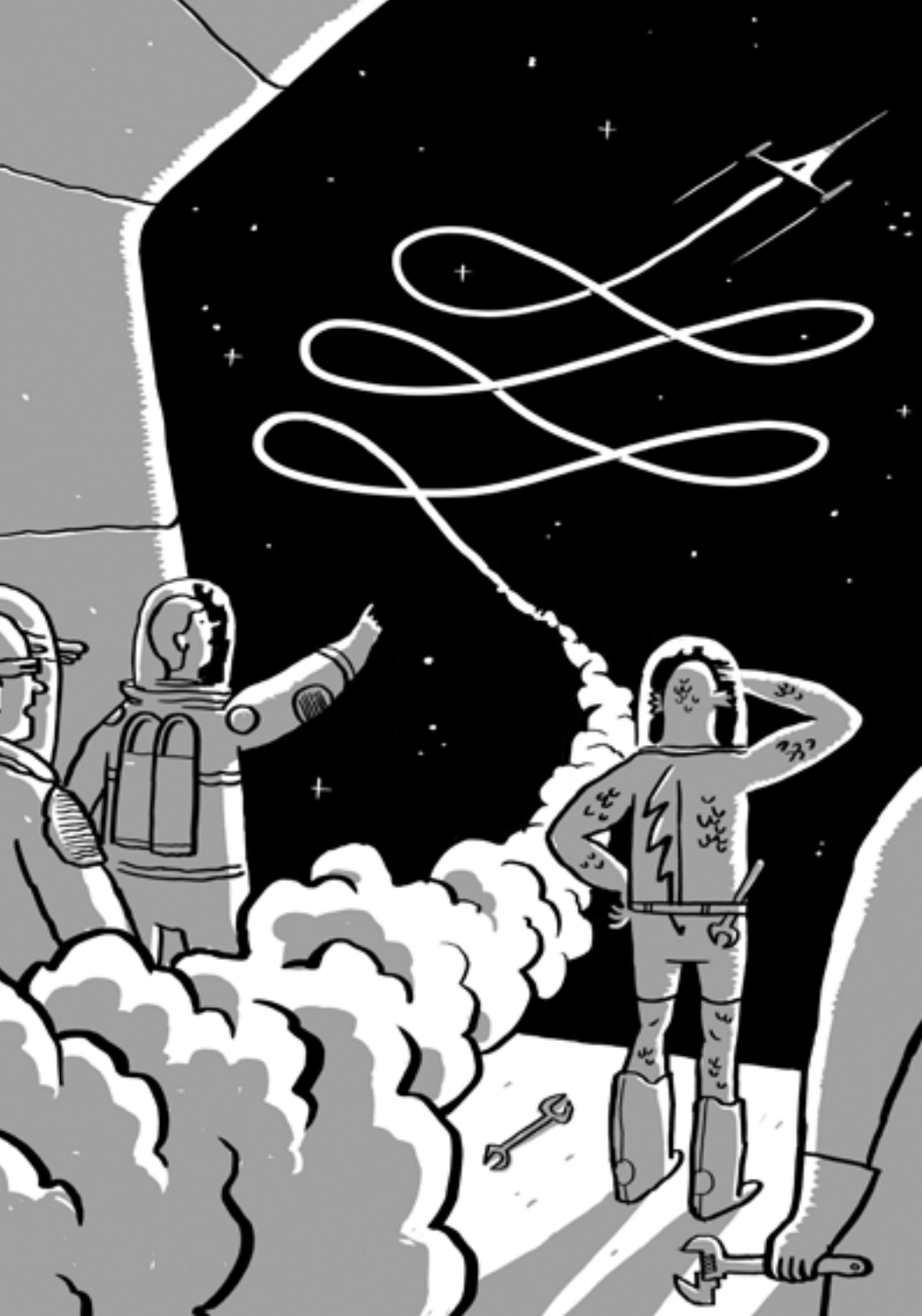
Los técnicos y mecánicos del puerto-escuela enmudecieron: habían sido testigos del primer acuerdo entre Robin y Daga para saltar al espacio.

Aquel vuelo de iniciación no destacó por su elegancia, pero hizo historia. En los registros de la Academia no figuraba ningún precedente de otro piloto que hubiera conseguido despegar en su primer día de instrucción. El supervisor del programa era un tipo prudente. Celebró el acontecimiento en su informe con una nota escueta: «El chico no ha entrado con mal pie».

En realidad, el espectáculo acababa de comenzar.

Pronto, Robin mostró a la división de ingenieros que la nave que llevaban probando una década larga, y que creían conocer de memoria, escondía posibilidades que ni siquiera se habían atrevido a soñar. Lo hicieron pasar de curso en curso como una ficha que salta de oca en oca. Él se sumergió en su nueva vida como el guante perdido que por fin encuentra la mano a la que pertenecía.

Vivía para navegar: las horas en el comedor, las clases teóricas que se imponía con una disciplina hasta entonces inédita, incluso el tiempo que compartía con sus compañeros jugando o charlando, o el que destinaba a dormir, para él eran una sala de espera. En cuanto sus botas de dacrón pisaban el hangar, resucitaba.



La actividad frenética de los mecánicos, las tripas de cables que sobresalían por doquier entre las planchas del suelo, el fogonazo de los soldadores dando el último retoque a los trenes de aterrizaje, el parpadeo luminoso de las balizas... saludaban su regreso a casa. Recibía el abrazo de la medusa con una sonrisa y los operarios que trabajaban en la cubierta de despegue dejaban un instante lo que se trajeran entre manos para asistir un día más al despegue de Daga, que con una curva delicada e impresionante respondía a la llamada de las estrellas.